

Opinión

Violencia de género. Hacia una comprensión global¹

Por Patricia Morey

Cientos de miles de mujeres mueren cada año a causa de la violencia cotidiana: según la Organización Panamericana de la Salud, en su Informe mundial sobre la violencia y la salud emitido en 2003, llegan a 800 mil las víctimas por esa causa. Y a pesar de la magnitud de las cifras, todavía se desconoce el real alcance del problema.

La necesidad de contar con información fidedigna sobre la violencia cotidiana, en especial aquella de la cual son objeto las mujeres, se enfrenta con dificultades para obtener datos consistentes. No sólo existen pocos registros desagregados al respecto, sino que, además, muchas veces la violencia cotidiana no es percibida como delito, por lo que no es denunciada. Así, aunque es considerada una epidemia social por los organismos internacionales, en la práctica es naturalizada y ocultada. En tales circunstancias se hace difícil tanto su análisis como su control; de hecho, no se podrá disminuir su intensidad hasta que se la reconozca como producto de una compleja trama de relaciones entre hombres y mujeres, para cuya comprensión es clave incorporar factores de poder y sumisión.

Obviamente, la violencia cotidiana tiene consecuencias que pueden ser graves en la salud física y psíquica de las personas, y en las estructuras familiares. Sus secuelas, sin embargo, sobrepasan ese ámbito, al incidir en la forma de vida y actividades que las mujeres pueden desarrollar y las que dejan de hacer por temor: abandonan el trabajo y se recluyen en sus casas; no participan en cultura, en política, en organizaciones sociales o de recreo, y reducen sus oportunidades educativas. La combinación entre la violencia real, su percepción y la respuesta psicológica del miedo, lleva a la autocensura y a la reducción de la autonomía, lo que necesariamente significa una disminución en el bienestar y en la calidad de vida de las mujeres.

Suponer que la violencia cotidiana es un fenómeno universal, relacionado con la agresividad innata del ser humano o su naturaleza instintiva, significa desconocer la flexibilidad que históricamente han demostrado las comunidades humanas para construir una gran variedad de formas de organización social. Sin embargo, hay y ha habido culturas más violentas y otras más amables; cuando se trata de la sociedad contemporánea, ella se caracteriza por un aumento sostenido de la violencia estructural relacionada con las distintas formas de exclusión que afectan a gran parte de la humanidad.

¿Por qué esta violencia contra las mujeres más allá de las razas, los lugares, los tiempos, los grupos sociales? ¿Cuáles son las causas de su persistencia, qué explicación podemos darle? ¿Qué hace que las mujeres sean las víctimas de tanta agresión? Tales interrogantes profundos nos remiten a preguntarnos sobre cómo el género intersecta con otras formas de dominación y nos conducen a una multiplicidad de teorías que compiten para entender este fenómeno.

Estas preguntas centrales son previas o simultáneas a cualquier intento de erradicar o disminuir el alcance y profundidad de la violencia de género. Un diagnóstico incorrecto conduce a acciones parciales o voluntaristas y por otra parte, la reflexión teórica por sí sola es inconducente y estéril.

¹ Texto publicado en el libro “Ciudades para convivir: sin violencias hacia la mujer”, realizado en el marco del Programa “Ciudades seguras: violencia contra las mujeres y políticas públicas” ejecutado por UNIFEM – el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer-, con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) en ciudades de Sudamérica, y coordinado por la Oficina de Unifem para Brasil y países del Cono Sur. Esta publicación recoge las intervenciones efectuadas en el marco del Seminario Internacional “Ciudades sin violencia para las mujeres, ciudades seguras para todos y todas” (Santiago de Chile, agosto de 2006).

Por eso es necesario actuar simultáneamente en el diagnóstico, la explicación y la acción, de manera coordinada y constante.

El intento de comprender el hecho de la violencia ha incurrido en serios errores en el pasado: suponer que es un problema psicológico e individual o, por el contrario, presuponer que hasta que no cambie la sociedad en su conjunto, nada es posible²; naturalizarlo como inevitable; reducir su comprensión a un solo factor determinante; perderse en el laberinto de teorías adoptando una sola y por lo tanto, caer en un reduccionismo teórico que resulta a menudo en un ocultamiento ideológico; disminuir el importante impacto social de la misma.

En este trabajo trazaré puntos centrales en el debate, que no pretenden ser exhaustivos, sino ordenadores. Siendo la violencia un fenómeno multidimensional, su comprensión es asunto complejo. No sólo cada hecho puede ser interpretado desde diferentes perspectivas y teorías, sino que, además, los factores que contribuyen a su existencia se combinan entre sí, lo que hace necesario aislarlos analíticamente para luego establecer sus interrelaciones. Algunos temas deben ser incluidos necesariamente en el análisis de la violencia: cómo definirla, cuáles son sus causas y cuáles los factores que predisponen a que ocurra, cuáles son los diferentes niveles de análisis según una categorización espacio-temporal, dónde se manifiesta, qué alcance tiene en un determinado tiempo y lugar, y cuáles son las consecuencias visibles e invisibles de la misma. A partir de una caracterización correcta, podremos seleccionar las acciones adecuadas que modifiquen, reduzcan o erradiquen la violencia de género. El propósito de este trabajo es delinear un *pluralismo limitado* en relación a este tema, esto es, un paradigma que incluya la mayor cantidad de variables, dimensiones y aspectos posibles y que intente mostrar la relación entre ellos. No es un marco teórico completo ni final, sino una selección de algunos aspectos centrales y la búsqueda de conexión entre ellos³.

1 DEFINICIONES

La violencia más evidente es la física, que atenta contra la integridad corporal de una persona y se asocia con la actividad delictiva, los robos y ataques directos, que incluyen el femicidio⁴. A esta manifestación es necesario agregar la violencia psicológica, forma más sutil pero no por ello menos efectiva, y que degrada profundamente a la víctima. En algunas familias las mujeres son humilladas y lastimadas, se las manipula o amenaza con propósito de controlar sus acciones. El manejo psicológico puede incluir hacer víctima a la mujer de malos tratos, o forzarla a realizar acciones contra su voluntad o, por el contrario, impedirle actuar como desea. La consecuencia es, por lo general, el deterioro de la salud psíquica, que conduce a la autodesvalorización y a la inacción, lo que a su vez limita el desarrollo como persona.

La violencia sexual, esto es, aquella que obliga a una persona a mantener contacto sexualizado en contra de su voluntad, incluye el acoso y abusos, exhibicionismo, violación, ya sea por el uso de fuerza física u otro mecanismo que obligue a participar en alguna interacción sexual⁵. Fuera y

² La violencia contra las mujeres trasciende los diferentes sistemas económico-sociales: los sistemas capitalistas producen un tipo (especialmente por el abandono por parte del Estado, del bienestar general de los ciudadanos); los comunistas, otro (especialmente por el excesivo control estatal de los cuerpos de las mujeres; por ejemplo, del control de la natalidad. En China produce la desaparición de cientos de miles de mujeres a causa del aborto).

³ A pesar de los esfuerzos de los teóricos del siglo XIX en la construcción de grandes paradigmas teóricos, el siglo XX muestra pretensiones más humildes en relación con teorías sociales. Considero que este *pluralismo limitado* es lo máximo a que es posible aspirar: una unión laxa de conocimientos teóricos y empíricos, que busca establecer relaciones causales entre fenómenos.

⁴ En su mayoría, las víctimas de agresiones físicas se ven sometidas a múltiples actos de violencia durante largos períodos y suelen sufrir más de un tipo de maltrato. Véase Organización Panamericana de la Salud (2003).

⁵ La violencia sexual se define como «todo acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual, relaciones sexuales no deseadas o insinuaciones sexuales no deseadas, o las acciones para comercializar o utilizar de

dentro del matrimonio, si el contacto sexual no es consentido, debe entenderse como avasallamiento⁶.

También es importante incluir una definición de violencia relacionada con la explotación, la exclusión, la injusticia, la falta de satisfacción de necesidades básicas, todas situaciones que conducen a que las posibilidades de desarrollo sean inequitativas (Moser 2004). Se considera que las personas son violentadas si no reciben educación, si no tienen recursos suficientes para subsistir, si la sociedad no les permite desarrollarse como individuos autónomos. Esta última definición es más amplia y se relaciona con los derechos humanos y la justicia social⁷.

Es indiscutible que las formas particulares que adquieren las relaciones entre hombres y mujeres en los distintos grupos sociales son consideradas un producto de sistemas culturales determinados, considerados en sí mismos como históricos y, por tanto, cambiantes. Es el concepto de género el que explica esta relación, que apunta a mostrar la variabilidad social y la contingencia, aunque no excluye las particularidades biológicas de cada sexo. La violencia contra las mujeres está íntimamente relacionada con su subordinación histórica, con su falta de acceso al poder político, religioso y económico, situación reforzada por un sistema de normas a menudo implícitas y leyes que han establecido un *statu quo* desfavorable a su desarrollo personal. Expresa un orden social injusto, una sociedad fragmentada y dividida por géneros, que se plasma en situaciones donde se actualiza la supuesta superioridad masculina.

Ante la dificultad teórica de comprender este fenómeno complejo, se presentan dos problemas: la multiplicidad de teorías y el peligro del reduccionismo. Por un lado, la sumisión de la mujer ha sido interpretada por una diversidad de paradigmas: las teorías funcionalistas, marxistas, freudianas, existencialistas, cada una a su manera ha aportado ricas visiones, aunque hoy la información que tenemos, gracias a mejores instrumentos metodológicos, muestran la insuficiencia de cada uno de estos marcos teóricos por sí solos. Por otro lado, analizar el tema de la violencia ya sea desde una sola variable, una sola dimensión o un solo paradigma conduce a una mirada sesgada y parcial. Esta unilateralidad explicativa puede ser una omisión inconsciente, un problema epistémico producto de utilizar un marco teórico sesgado, o quizás resultado de una distorsión ideológica; esto es, ser unilateral por esconder intereses. Por esta razón se considera que la violencia de género es parte de un sistema más amplio y, simultáneamente, poseedora de una especificidad que deberá analizarse puntualmente⁸. De ahí que el enfoque global que creemos correcto para analizar la problemática de

cualquier otro modo la sexualidad de una persona mediante coerción por otra persona, independientemente de la relación de esta con la víctima, en cualquier ámbito, incluidos el hogar, el lugar de trabajo, la violación por desconocidos, durante conflictos armados, acoso sexual, de personas con una discapacidad, de menores de edad, matrimonio forzado, negación a anticoncepción y protección, aborto forzado, prostitución forzada entre otras». Organización Panamericana de la Salud, para la Organización Mundial de la Salud, *Informe Mundial sobre la violencia y la salud: resumen* (Washington, D.C.: OPS, 2002).

⁶ Según el *Informe mundial sobre la violencia y la salud*, en 48 encuestas de base poblacional realizadas en todo el mundo, entre 10 y 69 por ciento de las mujeres indica haber sido objeto de agresiones físicas por parte de una pareja masculina en algún momento de sus vidas.

⁷ No es conveniente, como hacen algunas categorizaciones, incluir la violencia doméstica entre las distintas manifestaciones de la violencia (física, psicológica, sexual). La violencia doméstica refiere al lugar, y en el hogar puede haber violencias de todo tipo. Considerar la violencia en sentido amplio tiene ventajas y limitaciones: denuncia todo tipo de exclusiones y limitaciones, pues al extender su definición se le quita especificidad; pero si consideráramos todos los términos de esta manera, no existirían distinciones entre violencia, pobreza (ya que la ausencia de derechos es también una forma de pobreza), poder (ya que privar a una persona de su autonomía es una forma de poder), por lo que creo que es conveniente utilizar las tres primeras definiciones en los estudios de violencia hacia la mujer y darles otros nombres a otros tipos de avasallamientos.

⁸ No es posible entender completamente la violencia en una ciudad sin comprender las variables nacionales, ni tampoco se podrá comprender la agresión en un grupo si no se analiza la variable de género como factor

la violencia de género, que denominamos *pluralismo limitado*, presuponga la diversificación disciplinaria, ya que concurren a su estudio tanto la antropología como la sociología, la economía como el análisis del discurso, la política como la psicología, la epistemología como la filosofía. Idealmente, esta perspectiva intenta complementar diferentes enfoques y paradigmas, sin presuponer un marco teórico final y completo.

2 DIMENSIONES DE ANÁLISIS

2.1 En relación con niveles de análisis

La violencia se presenta en diferentes dimensiones, consideradas como polos de un continuo que van desde el nivel macroestructural, relacionado con tiempos y espacios extensos o con una gran cantidad de personas, hasta el nivel micro, que pone el énfasis en el individuo o en la interacción en pequeños grupos⁹. Desde lo macro a lo micro existe una gran cantidad de divisiones posibles, las cuales, como toda categorización, tienen algo de artificial, pero resultan de alguna manera útiles para ordenar la complejidad de la realidad¹⁰. Ningún nivel puede considerarse fundamental o prioritario; más bien, las dimensiones se implican e influyen entre sí. Algunas dimensiones importantes entre lo macro y lo microestructural son las regiones geográficas, las naciones, las ciudades, los barrios, los grupos y las relaciones de pareja¹¹.

Los niveles crecientes de globalización en los ámbitos político, económico y cultural se visualizan desde una *dimensión macroestructural* que no puede obviarse en este análisis. En los últimos años, el sistema económico ha establecido reglas de comercio que han profundizado las inequidades entre países y regiones y han producido una fuerte concentración de riquezas acompañada de la exclusión de gran parte de la humanidad. Esto se refleja en un acceso desigual a los recursos y en una pauperización de gran parte de la población. No sólo se trata de la insatisfacción de las necesidades básicas de los ciudadanos y de una calidad de vida deteriorada, sino también de la creación continua de necesidades superfluas como si fueran esenciales. El sistema capitalista se nutre de la utilización indiscriminada de recursos naturales, de la desatención a los requerimientos de supervivencia de los individuos y de considerar a los actores sociales como consumidores más que como ciudadanos. Con el fin de la guerra fría, el neoliberalismo mostró su cara más descarnada y las políticas de reducción del Estado de bienestar han impactado de manera diferencial en las mujeres, las que deben poner más tiempo para suplir la falta de servicios.

Una organización global que se nutra del consumo artificial para algunos y que se desentienda de la necesidad extrema de la mayoría es una usina de fabricar violencias de todo tipo. Las sociedades que explotan y marginan, las sociedades alienadas que producen individuos insatisfechos, crean una frustración existencial que promueve la violencia. Una sociedad donde la necesidad de consumo es permanente presiona a los individuos hacia formas de distribución agresiva mediante el robo, el

constitutivo.

⁹Las teorías evolucionistas en sus versiones idealistas, como la de Hegel, y la materia lista; la teoría de sistemas, como la de Luhman; las funcionalistas y las marxistas, son ejemplo de teorías macro. Los niveles micro están representados en teoría social por el interaccionismo simbólico, las teorías rituales, la etnometodología, y también por aquellas teorías que consideran al individuo como la base de la sociedad, ya sea el individualismo metodológico o el liberalismo.

¹⁰ *El Informe mundial sobre la violencia y la salud* utiliza un denominado «modelo ecológico» para comprender la naturaleza polifacética de la violencia; sin embargo, realiza una clasificación de sólo cuatro niveles, que incluyen los factores biológicos y la historia personal, las relaciones más cercanas, los contextos comunitarios y los relativos a la estructura de la sociedad.

¹¹ Cualquier clasificación es relativa, pero es útil y necesario establecerla para ordenar la información disponible, sabiendo que siempre hay grises no claramente delimitados.

secuestro, la trampa y la violencia en las calles de la ciudad¹². El estrés y la frustración de sociedades competitivas reguladas por el afán de éxito económico producen individuos proclives a la violencia.

A un nivel más recortado, podríamos analizar la violencia en relación con las *diferentes regiones* del mundo, ya que la evolución política-económica puede entenderse ligada a ciertas particularidades geográficas y culturales. En Latinoamérica, por ejemplo, la democracia y los gobiernos dictatoriales se han sucedido en los últimos cien años, lo que ha impedido una estabilización institucional que promueva la participación sostenida de la mujer en política. Las violentas dictaduras masculinas de los años setenta y ochenta ocultaron la violencia doméstica y los derechos de los marginados, mientras reinaba la paz de los cementerios.

En esta región hay dos elementos que son factores coadyuvantes en la violencia: la corrupción política y el machismo. El primero, porque debilita a los gobiernos nacionales en su función de distribuidor y planificador; el segundo, porque la convicción de la superioridad del hombre, el sentimiento exagerado de masculinidad que enfatiza atributos como el coraje y la virilidad asociada a la dominación de la mujer, resultan en una subvaloración de esta que propicia la violencia, y establecen un marco favorable para las agresiones de género.

También es importante incorporar el *nivel nacional* como una dimensión de análisis fundamental, ya que las características propias de cada país influyen decisivamente en el tipo y alcance de la violencia en general y de género en particular. Las últimas décadas muestran un debilitamiento de los Estados nacionales como resultado del fortalecimiento de redes de comercio mundiales, concentración de riquezas, poderío militar unilateral, alianzas hegemónicas y medios de comunicación centralizados. Esto repercute tanto en la relativa autonomía nacional para tomar medidas necesarias como en la capacidad económica de los Estados para modificar fallas estructurales. El debilitamiento significa una incapacidad de las instituciones para llevar a cabo medidas de prevención, atención y castigo en relación con la violencia¹³. Es contundente la información del *Informe mundial sobre la violencia y la salud*: la tasa de muerte violenta varía en función de los ingresos del país; en los de ingresos bajos y medios, dicha tasa duplica la de los países de altos ingresos.

Para algunos países, la violencia es el principal problema social. Según el *Informe de Desarrollo Humano para Colombia*, del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (1999), este país, con un altísimo nivel de homicidios, secuestros y muertes, la sufre como problema estructural. Aunque la muerte por homicidios afecta principalmente a la población masculina, no está exhaustivamente estudiada la manera en que impacta en la vida cotidiana de las mujeres. Por otro lado, se cuestiona el exiguo poder que tiene el Estado para controlar redes de narcotráfico (manejado por hombres y por la fuerza), o el comercio ilegal. Este problema afecta a todos aquellos países en que el Estado pierde fuerzas en relación con algún grupo de poder que lo influya fuertemente, aunque la democracia sea su sistema de gobierno formal.

La vida de una gran parte de la población latinoamericana transcurre en las *grandes ciudades*. La densidad demográfica ha sido considerada un factor central en la persistencia de la violencia, suponiendo que las ciudades más grandes son más violentas¹⁴; sin embargo, un indicador más fuerte

¹² En una utópica organización social se deberá incluir necesariamente la utilización limitada de los recursos naturales. La austeridad y el bajo consumo deberían ser la norma, lo cual requeriría pensar en la belleza de lo simple y en la ética del cuidado. El despilfarro será grotesco; la ampulosidad, de mal gusto.

¹³ La capacidad de los Estados para manejar factores clave en la vida de las personas es variable. Argentina posee un gobierno centralizado y de políticas públicas más desarrolladas que Bolivia. En Kenya el gobierno no tiene capacidad de revertir la brutalidad doméstica debido a la naturaleza patriarcal de su sociedad, donde los recursos pertenecen a los hombres y las mujeres no pueden poseer propiedades.

¹⁴ Esto es cierto en algunas megaciudades como Sao Paulo, Brasil, donde la exclusión y la marginación se reflejan en la fragmentación y barrios diferenciados por clase sociales: por un lado, barrios cerrados y fortificados; y por el otro, periferias sin servicios básicos y con un gran aislamiento de la vida política y

lo constituye una alta tasa de crecimiento de la ciudad, lo que conduce a una falta de cohesión social, y este hecho a la violencia y agresiones permanentes. Lo indudable es que la vida en una ciudad que ha crecido sin planificación o sin una perspectiva de género incide directamente en la vida de las mujeres. La escasez de bienes y servicios públicos, la falta de iluminación en las calles, los lugares especialmente peligrosos, la dificultad de obtener transporte, especialmente en áreas desoladas, las largas distancias entre el hogar y el trabajo, son elementos que inciden en la percepción de inseguridad, que a menudo determina el retraimiento y la retracción de la vida política, laboral y cultural. La violencia en las ciudades y su impacto en las mujeres es un área medular que sólo recientemente ha sido estudiada con detenimiento y que requiere de mayores recursos en investigación y en planificación.

La *clase social* puede considerarse como un conjunto de individuos que comparten una posición común en el mercado, si se lo define según Weber; o que establecen una relación con los medios de producción, según la teoría marxista. Aunque falta información contundente sobre la relación entre clase social y violencia, la impresión es que la violencia -tanto la doméstica como la ejercida en las calles- es mayor en los barrios marginales y en las clases bajas. Sin embargo, nueva documentación al respecto cuestiona esta percepción. Por ejemplo, la Dirección General de Políticas de Género de la Provincia de Buenos Aires afirma que siete de cada diez víctimas de violencia doméstica que denunciaron agresiones en la Comisaría de la Mujer pertenecen a clases socioeconómicas medio-altas, aunque se puede pensar que el alto nivel de educación y la independencia económica de estas mujeres les permiten hacerlo.

En una escala más pequeña, es necesario visualizar *grupos*, unidades básicas de interacción que inciden fuertemente en la actualización de la violencia y en la transmisión de la misma. Los grupos requieren de una co-presencia física de los individuos y cada grupo tiene un estilo de vida y normas de funcionamiento particulares. En la familia, especialmente en la relación entre un hombre y una mujer, existe un alto nivel de violencia de todo tipo. La violencia doméstica es la que prevalece estadísticamente y en términos de impacto también es más importante que la violencia fuera del hogar¹⁵. En Francia, el 70 por ciento de todas las violaciones ocurre dentro de la familia; en Vietnam, el 70 por ciento de los divorcios se debe a la violencia del esposo (Jan 1999). En Canadá, con datos proporcionados por médicos, jueces, trabajadores sociales e informes policiales, se estima que una de cada diez mujeres es abusada física o sexualmente por su compañero (United Nations Office at Vienna 1993). Y, una vez más, estos datos sobre violencia sexual no dan cuenta de la violencia física y psíquica no denunciada¹⁶.

Ningún factor por sí mismo determina o explica la violencia, sino que se combinan de manera particular en cada situación concreta. Es muy distinto ser mujer educada en derechos de género, perteneciente a la clase media en un país donde no existen fuertes desigualdades sociales, que mujer

cultural.

¹⁵ Según las estadísticas sobre causas de muerte establecidas por la Oficina Central de Estadísticas de Finlandia, un promedio de 26 mujeres muere cada año como resultado de violencia doméstica, lo que equivale a la muerte de una mujer cada dos semanas. En Dinamarca, se estima que el 90 por ciento de las mujeres que desea divorciarse anota como razón la violencia doméstica. En Kenya, de acuerdo con el diario *La Nación*, la policía informa que diez mujeres son golpeadas cada día por sus esposos. Esta cifra es verdaderamente una subestimación, si se considera el número de incidentes que no son notificados a la policía. En Estados Unidos, la mayoría de lesiones contra las mujeres son cometidas por sus compañeros y son la causa de un tercio de los casos de mujeres que ingresan a un hospital. Estudios realizados en varios países desarrollados han encontrado que entre un tercio y la mitad de las mujeres intervenidas han sido golpeadas por sus compañeros. (Datos en United Nations Centre for Human Settlements (1996). También en <http://www.isis.cl/violenciacontralamujer/datosyestadisticas>).

¹⁶ No hay que descartar algunos hechos de violencia causados por enfermedades psicofísicas. Las patologías sadomasoquistas o el alcoholismo con esquizofrenia de base son ejemplos de enfermedades mentales que deben tratarse como tales, aunque estableciendo la relación con el contexto en el que se desarrollan: un marco social permisivo aumenta o potencia la agresión hacia las mujeres.

de clase baja, sin trabajo, en un país pobre donde la violencia es parte del panorama cotidiano; o vivir en la periferia de una ciudad latinoamericana donde el alcohol se asocia al machismo y la esposa es considerada como propiedad privada. Por eso, es importante resaltar que las diferentes dimensiones de análisis, los factores personales, grupales, regionales y macroestructurales, en algunos casos tienen fuerza por sí solos; en otros, lo que aparece como una circunstancia personal o un problema psicológico particular debe ser entendido desde una perspectiva social; esto es, la interpretación individual o micro es inapropiada y debe traducirse, explicarse en términos macroestructurales. Por ejemplo, la violencia psicológica y el abuso físico como manifestaciones del poder en una pareja se entienden en muchos casos en relación con una dependencia económica: la mujer no tiene alternativas de subsistencia; entonces, aguanta todo. En este sentido, las reglas del juego estructurales de una sociedad influyen decisivamente en el grado de aceptación de un ambiente hostil. Sin embargo, hay lugares donde existe violencia familiar, como en los países nórdicos, a pesar de su alto estándar de vida y la seguridad económica brindada por el país, por lo que la explicación debe buscarse entre las normas y códigos sexistas no cuestionados a pesar del alto nivel educativo de la población.

Curiosamente, en algunos casos existe contradicción entre algunos niveles; por ejemplo, entre los hechos reales y objetivos y la percepción subjetiva de los mismos. En este sentido, no siempre el miedo, la percepción de la violencia, se relaciona directamente con la violencia existente o el riesgo real de victimización. En algunos países los hechos delictivos disminuyen y, sin embargo, las mujeres tienen cada vez más temor. Habría que preguntarse hasta qué punto el miedo es parte del estereotipo femenino construido socialmente y las mujeres actúan cabalmente siguiendo el rol aprendido¹⁷. Podría pensarse que el temor actúa como una forma de mantener a las mujeres en el ámbito doméstico, limitando las posibilidades de realización personal, y que esto tiene una función en la distribución de tareas y trabajos, que históricamente ha resultado inequitativa. Por lo tanto, tendríamos un riesgo real (la agresividad hacia la mujer en las calles), sobredimensionado por razones psicológicas (forma de control familiar de las mujeres) y razones sociales (manera de limitar sus posibilidades de realización o de competencia en el mercado).

2.2 En relación con el origen de la violencia

Podríamos distinguir al menos entre *factores materiales*, *factores ideológicos* y factores psicológicos. Los primeros refieren a la base física o económica de las relaciones sociales; la mayor fuerza de los hombres podría explicar la razón por la cual se prefiere a las mujeres como víctimas predilectas en arrebatos y también la violencia ejercida en el ámbito doméstico¹⁸. Evidentemente el género ha sido un gran diferenciador en las tareas que hombres y mujeres han ejercido en la sociedad; basándose en capacidades reproductoras específicas, se han diferenciado roles y funciones de manera inequitativa y la distribución de la riqueza ha sido paralelamente desigual.

Algunos informes -como el *Informe mundial sobre la violencia y la salud*- indican que el bajo nivel de ingresos es uno de los indicadores más constantes de la violencia de pareja; sin embargo, no está

¹⁷ Esto es el «efecto pignaleón» o el teorema de Thomas, según el cual «si los hombres definen sus situaciones como reales, son reales en sus consecuencias», enunciado por Thomas en 1928 (Collins 1988). Esto es, si un grupo de personas se define como poco inteligente, miedosa, débil, termina siendo así en la práctica. Si a esto se agrega que, para muchos hombres, tener a una mujer dentro de su hogar es beneficioso, en el sentido de la apropiación del trabajo no remunerado, la profecía autocumplida se refuerza con la función económica que posee la definición.

¹⁸ La propensión biológica del hombre a la agresión es una característica que para algunos se encuentra más allá de todo condicionamiento social.

suficientemente estudiado hasta qué punto existe una tensión permanente entre los géneros en relación con la distribución de bienes, tiempos y espacios¹⁹.

La naturalización de la debilidad de la mujer es un factor ideológico que permite la discriminación. La desvalorización sistemática mediante estereotipos y definiciones peyorativas es un factor fundamental en la explicación de este fenómeno. El sistema legal ha contribuido a este despojo durante siglos, al mantener a la mujer en una situación de minoridad permanente. Hoy, imágenes distorsionadas sobre la mujer son transmitidas con fuerza en los medios de comunicación y no existen programas sistemáticos en el sistema educativo que permitan a los ciudadanos desarrollar una actitud crítica ante los mensajes visuales que refuerzan la descalificación.

Se han formulado diferentes hipótesis en relación con la psicogénesis de la violencia: para algunos, los hombres son agresivos hacia las mujeres porque buscan deshacerse del vínculo con una madre dominadora; o, por, el contrario, el excesivo autoritarismo masculino es el que marca la relación padre-hijo con perfil despótico. En una sociedad patriarcal, la identidad del varón se forja con la definición misma de la masculinidad: el hombre es proclive a definirse a sí mismo como tal en la medida en que actualice la supremacía masculina.

3 PERSPECTIVAS UNILATERALES: ERROR EPISTÉMICO, SESGO IDEOLÓGICO O DECISIÓN METODOLÓGICA

Si quisiéramos analizar la violencia hacia las mujeres desde un solo paradigma teórico o desde una sola disciplina, caeríamos en un error epistémico: el reduccionismo. A menudo, más que un error cognitivo puede considerarse una deformación ideológica, una forma en que el significado sirve para mantener relaciones de dominación y produce un ocultamiento que tiende a suprimir los conflictos sociales.

Para algunos, la violencia se corrige apelando a la mayor represión y punición posible, por lo que el acento está puesto en aumentar tanto el número de efectivos policiales y militares, como la punición. En esta dirección apunta también el proceso de incremento de la privatización de la seguridad en el mundo. Esta unilateralidad de soluciones parte de un análisis limitado de las causas subyacentes de la violencia. La derecha fascista y el neoliberalismo suelen coincidir en estos análisis, cuya contracara la constituye la limitación de las libertades individuales y el peligro de militarización de la sociedad. Otro grupo de estudiosos del tema tiende a focalizar la atención en las causas estructurales relacionadas con la pobreza y la exclusión, y no consideran necesarios los avances en materia de prevención, que son efectivos en algunos lugares del mundo y paliativos en otros.

Por otro lado, no existen técnicas aplicables con independencia del lugar donde se trata la violencia. El reduccionismo «tecnicista» como error epistémico se traduce en el riesgo de pensar que un conjunto de medidas estandarizadas solucionará un problema multicausal. No es posible solucionar la violencia de la misma manera en Holanda que en Brasil, ya que las diferencias en tradiciones culturales, las formas de subsistencia y la dependencia económica de las mujeres en relación con la pareja son sustancialmente diferentes. Así, una excesiva simplificación en el diagnóstico puede llevar a realizar acciones limitadas; una aplicación automática, sin análisis de los factores estructurales o subyacentes, puede conducir a la búsqueda de soluciones tecnocráticas, y emplear estrategias del primer mundo puede conducir a intervenciones fútiles en el tercero.

¹⁹ Las mujeres son las más pobres entre los pobres, y aun dentro del ámbito familiar existe una comprobada disparidad en la utilización y disponibilidad de los recursos. Tampoco en las clases altas hombres y mujeres utilizan los recursos disponibles de igual manera (ni la disponibilidad de dinero, ni los medios de transporte, ni los tiempos libres). Entre las causas materiales que influyen en los hechos violentos es necesario incluir el hacinamiento y la densidad poblacional.

Otra deformación ideológica resulta al ocultar factores económicos subyacentes a este flagelo, y entender la violencia de género solo como producto de un discurso estereotipado sobre la mujer, como producto de normas o valores sociales. Y en este sentido, considerar que el camino para enfrentar la violencia de género debe ser «discutir el discurso dominante en un sentido crítico para luego redefinirlo», es más que errar en el diagnóstico: es esconder las causas estructurales de este fenómeno. Para Nancy Fraser, en *Justice Interruptus*, esto significa «echar por la borda el compromiso con la igualdad social a favor de la diferencia cultural»; vale decir, arrojarse en la política de identidad, opacando la política de redistribución. En el primer caso, la injusticia está arraigada en los patrones sociales de representación, interpretación, comunicación y dominación cultural (Fraser 1997: 22). Este aspecto de la injusticia es real, pero lo que es ideológicamente incorrecto es adherir a esta visión sin integrar la injusticia distributiva. Aunque puede ser una distinción analítica, en la gran mayoría de los casos el fenómeno de la violencia no es entendible, a menos que se incorpore como un elemento central de análisis la inequidad económica. La violencia hacia las mujeres en la familia está relacionada con una distribución desigual de trabajos y espacios, trabajo doméstico no remunerado y sin francos, con salarios bajos en el mercado laboral o con explotación y marginación sistemática. Una mujer sin una opción económica digna, es una mujer vulnerable a todo tipo de maltratos²⁰.

4 ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

El análisis global de la violencia hacia las mujeres intenta unir lo cotidiano con las estructuras mundiales, hilvanar los aspectos objetivos con los subjetivos, establecer relaciones entre lo discursivo y la función que cumple en el sistema, relacionando las normas y los estereotipos con los aspectos materiales. Las dimensiones se amplían y se superponen estableciendo relaciones entre ellas. En la realidad social no existen relaciones causales sencillas ni factores únicos que expliquen exhaustivamente un hecho particular. No existe una unidad «apropiada» ni fundamental, y considerar algún aspecto como tal es desconocer la esencial relacionalidad de todo fenómeno social. Un error grave en este análisis holístico de la violencia es la parcialidad, la unilateralidad disciplinar, la mirada sesgada desde un paradigma, y fundamentalmente la omisión ideológica que oculta factores clave. Por esto es importante considerar que tanto el reconocimiento de la violencia como su comprensión y reversión, son de la incumbencia tanto de los mismos actores, como de científicos sociales que hagan un apropiado diagnóstico de la situación, de especialistas en técnicas específicas relacionadas con la violencia hacia las mujeres y de funcionarios que tienen la tarea de administrar los recursos estatales. Cada uno de ellos por separado puede conducir a desviaciones. La interpretación de los mismos actores puede ser distorsionada; de hecho, las víctimas de la violencia rara vez realizan denuncia policial, y en general no buscan ayuda médica. La violencia hacia las mujeres es generalmente aceptada dentro de la familia o tolerada en diferentes instituciones como la manera natural de relación entre los géneros. Lo que para el propio actor o para grupos sociales importantes es permisible, es traducido en violación a derechos humanos y por lo tanto, debe ser considerado como un problema social y parte esencial de las políticas públicas²¹. Tampoco deberán ser solo los científicos sociales los que realicen los diagnósticos, porque la interpretación de los sujetos debe incorporarse al análisis necesariamente, y quienes estén a cargo de las políticas públicas deberán tomar en consideración la información proveniente de estos actores.

²⁰ En las últimas décadas han sido endémicos en las ciencias sociales el abandono de la preocupación por la justicia económica y la revitalización del pensamiento idealista que visualiza en el discurso, en las ideas, en los estereotipos y en el respeto, el problema central de las disciplinas sociales.

²¹ Esto es tomar una visión emic/etic como la que desarrolla Marvin Harris (1979): incorporar a los actores sociales, incluir a los informantes, pero estos no establecen automáticamente el estatuto epistemológico del discurso. Este se logra con las categorías científicas clic, presuponiendo que el modo de conocimiento científico posee ventajas epistémicas.

El problema se presenta al suponer que algún nivel por sí solo es suficiente para revertir esta epidemia social de múltiples dimensiones; por ejemplo, considerar las acciones pertinentes solo a escala local, cuando influye de manera decisiva el contexto nacional e internacional, y los factores económicos están fuera del alcance -por ejemplo- de un municipio. En realidad, el conocimiento de la población sobre el alcance de la violencia, su identificación como crimen, debería encararse por gobiernos nacionales, ya que un aumento en la conciencia sobre la violencia de género debería llevarse a cabo en ese nivel, mediante campañas masivas de concientización sobre el flagelo.

En un mundo ideal, explicaciones y acciones deberán ser coordinadas; en un mundo real, el nivel de problemas puede resultar tan abrumador que puede sentirse que no vale la pena intentar siquiera la transformación. Sin embargo, un mundo intermedio es posible. Conocer el contexto y comprender la problemática de manera global no significa abandonar estrategias de prevención y programas dirigidos a modificar deficiencias puntuales en las ciudades, ya que el ámbito local es un lugar natural de prevención. Lo importante es unir medidas concretas con el aumento de una conciencia ciudadana que implique conocimiento sobre los problemas estructurales, y también sobre las inequidades globales o regionales que están determinando invisible pero eficazmente la violencia en una situación concreta. Es posible disminuir la violencia hacia las mujeres en una ciudad o en un sector de la misma, pero el objetivo a largo plazo es lograr el empoderamiento de las mujeres en todos los ámbitos, con el propósito final de construir un mundo mejor²².

La lucha contra la violencia hacia las mujeres es otra manera de luchar contra toda injusticia, no solo de género, sino de raza, de clase, de naciones. Es una manera, entre otras, de exigir una sociedad más igualitaria y más democrática para todos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alexander, Jeffrey C. et al., eds. 1987. *The Micro-Macro Link*. Berkeley CA: University of California Press.

Campaña 16 días de activismo contra la violencia hacia las mujeres. Varios años, diversas páginas web. Para 2006: <http://www.isis.cl/temas/vi/activismo/Espanol/llamado.pdf>.

Collins, Randall. 1988. *Theoretical Sociology*. Orlando, FL: Harcourt, Brace, Jovanovich Publishers.

Elustondo, Georgina. 2005. «Argentina: Violencia familiar». Diario *El Clarín* (Buenos Aires), martes 11 de octubre.

Fraser, Nancy. 1997. *Justice Interruptus. Critical Reflections on the «Postsocialist Condition»*. New York, NY: Routledge.

Isis Internacional. *Violencia contra la mujer, Datos y estadísticas*. En <http://www.isis.cl/temas/vi/dicenque.htm> (visitado 25/01/2007).

Jan, Sylvie. 1999. «De la violence sous toutes ses formes». En *Femmes le mauvais genre? - Maniere de voir* (Le Monde Diplomatique) 44 (marzo-abril).

²² El objetivo de la planificación es alcanzar una vida larga y saludable para todos los seres humanos, por lo que erradicar la violencia hacia las mujeres debería ser una de las metas centrales. La violencia cotidiana deberá incorporarse como información relevante en los documentos internacionales que realizan comparaciones de bienestar entre los países, como el índice de Desarrollo Humano propuesta por las Naciones Unidas.

Marvin, Harris. 1979. *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza Editorial.

Morey, Patricia. *Pluralismo limitado. Modelo para explicar la diversidad teórica en Ciencias Sociales*. Córdoba: Editorial de la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba.

Moser, Caroline. 2004. «Urban Violence and Insecurity: An Introductory Roadmap». *Environment and Urbanization* 16 (2): 3-16.

Organización Panamericana de la Salud (OPS), Oficina Regional para las Américas de la Organización Mundial de la Salud. 2003. *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Washington, D.C.: Organización Panamericana de la Salud. En [http://www.paho.org/Spanish/AM/PUB/Violencia 2003.htm](http://www.paho.org/Spanish/AM/PUB/Violencia%202003.htm) (visitado 25/01 /2007).

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). 1999. *Informe de Desarrollo Humano para Colombia*. Bogotá: PNUD.

Provoste, Patricia y Elizabeth Guerrero. 2004. *Violencia ele género y seguridad ciudadana en el debate público local*. Santiago: Hexagrama Consultores.

Rainero, Liliana, Maite Rodigou y Soledad Pérez. 2005. *Herramientas para la promoción de ciudades seguras desde la perspectiva de género*. Córdoba: Centro de Intercambio y Servicios Cono Sur Argentina (Ciscsa) / Unifem.

United Nations Centre for Human Settlements (UNCHS Habitat). 1996. *An Urbanizing World. Global Report on Human Settlements*. Oxford: Oxford University Press.

Whitzman, Carolyn. 2004. «Safer Cities, Gender Mainstreaming, and Human Rights». En Rosario del Caz, Mario Rodríguez y Manuel Saravia, eds. *Informe de Valladolid 2004: Sobre el derecho a la seguridad / Report of Valladolid 2004: The Right to Safety and the City*. Valladolid: Universidad de Valladolid, Escuela de Arquitectura, pp. 22-26. En <http://www.ciudad-derechos.org/espanol/pdf/informec.pdf> (visitado 25 / 01 / 2007).